

cramentos de la Iglesia, hallándose en la fuente de ellos, en medio de las luces.

El señor ... era católico, hijo de católicos, pero tenía por esposa á una señora despreocupada; ya, despreocupada.

Enfermó, y de muerte. Algunos amigos llevaron á la casa un sacerdote, quien logró penetrar hasta la misma alcoba, á pesar de los esfuerzos de la señora despreocupada.

Un delgado biombo separaba la cama donde el enfermo agonizaba de la silla en que se hallaba sentado el sacerdote, esperando á que lo indicasen el momento en que podía hablar al moribundo.

—Señora, dijo el sacerdote á la esposa del enfermo, vea usted que hace una hora ya que estoy esperando aquí.

—Sí, doctor; dispéñenos usted; vamos á hacer unos remedios á ... y despues hablará usted.

El péndulo de un reloj sonaba acompasado interrumpiendo el silencio. De cuando en cuando se oía el ruido sordo de las pisadas de la señora, que entraba trayendo un cordial para el enfermo, ó el anheloso estertor del moribundo.

Al cabo, el reloj dió las dos de la mañana.

—Señora, dijo el sacerdote, parece que ya sería tiempo.

—Ahora se ha quedado como dormido, respondió la señora, dejémoslo reposar: ha pasado un día tan malo! y una noche tan penosa!

Al cabo de un rato se oyó en aquel silencio como un suspiro ahogado; la señora corrió; el sacerdote tomó una bugía...

Todo habia acabado! El señor ... murió á oscuras. Cosa espantosa! cuando cerca de él, á una vara de distancia no más se hallaba un sacerdote que le hubiera podido abrir de par en par las puertas del cielo con una bendición de misericordia!

La señora lloró los ojos. Llanto

completamente inútil! debia haber reido, porque habia labrado la dicha sempiterna del dulce amigo de su corazón.

El señor ** era lo que se llama un hombre de talento: habia allegado, en pocos años, una fortuna considerable. Ya se sabe lo que entre nosotros se llama fortuna considerable: de sesenta á setenta mil pesos! Pero enfermó, y de muerte.

Tenia una tia; muchos la tienen, eso no es cosa rara; pero la tia del señor ** no era como todas las tias; era una tia santa.

Viendo, pues, ella que los médicos fruncieron el ceño y dijeron: Tierra caliente, perdió toda esperanza. Su sobrino, aunque rico de sesenta á setenta mil pesos, estaba en capilla.

—Confésate, le dijo la tia.

—Yo no creo en nada, respondió el sobrino.

Era una disputa imposible, y á tal hora.

Pero la tia llevó un sacerdote, y el sacerdote llevaba un crucifijo.

El crucifijo era una estatua preciosa: Cristo clavado en la cruz, despedazado á azotes, con la corona de espinas en la frente de la que chorreaba sangre, tenía una mirada tan tierna, tan suave, tan amorosa, tan divina, que era capaz de quebrantar el corazón de un tigre.

La tia se dejó de cumplimientos, y tomando el crucifijo de mano del sacerdote se acercó al lecho del moribundo y se lo presentó llorando; hablar no pudo, que el llanto no la dejaba.

El que moria sacó un brazo desfallecido de debajo de las cobijas y dió un golpe al crucifijo, el cual rodó por el suelo, volviéndose pedazos.

El sacerdote se santiguó, y la tia se inclinó á recoger los fragmentos del santocristo.

Cuando acabó la piadosa obra, alzó los ojos á mirar al enfermo... éste era cadáver! En su casa, su tia y el

sacerdote vendian velas; y él habia muerto á oscuras!

Pero no todos mueren así, gracias á Dios.

Un Coronel de Colombia, descreído si los hubo, volteriano de más de la marca, estaba desahuciado. Las señoras de la familia habian recibido esta orden:—"Si me dejan entrar un fraile, me vuelvo loco ó me muero," y ellas, sin saber que cosa era ser volterianas, la cumplian, buenas parientes! al pié de la letra.

Un antiguo amigo, militar tambien, fué á visitar al Coronel.

—Entre usted, le dijeron las señoras, pero cuidado cómo va usted á hablarle de confesion, porque ó se vuelve loco ó se muere.

—Estén ustedes tranquilas; nada de ver frailes á estas horas; no faltaba más; se podría morir ó volver loco.

El militar entró y despues de preguntar al doliente acerca de su enfermedad, le hizo esta descarga á quemaropa:

—Hombre! tú estás á las últimas, y si te mueres así, te lleva el demonio: confiésate!

—Creo que lo habia pensado ya, respondió el enfermo, ó fué que me lo soñé. Llámame un padre.

—El amigo salió.

El trabajo que le costó hacer que el sacerdote llegase hasta la cama del enfermo, á pesar de los argos vigilantes de las buenas señoras, fué más que el de tomar una trinchera al enemigo. Mas cuando el Coronel se confesó, llamó á las piadosas señoras y les dijo:

—Sois unas necias. Dejadme morir como conviene: en paz. Arreglad una administracion pomposa: quiero que sepa la ciudad que me he convertido, y que muero como católico.

Los momentos eran preciosos.

A las seis de la tarde salía la Majestad de la casa del Coronel, con gran acompañamiento y al són de las músicas militares, y á las seis y cuarto el

Coronel habia entregado la guardia.

El Coronel no habia andado vendiendo velas durante su vida, ciertamente; pero murió entre los resplandores de las luces divinas.

El Obispo de Pamplona andaba haciendo la visita de su diócesis.

Una tarde, sin saber cómo, se halló extraviado en una enrucijada del bosque y sin su comitiva. Descubrió á lo léjos la choza de un montañés, y picó para allí, deseando hallar alguna persona que lo sacara al camino.

En la puerta de la choza halló una niña de corta edad.

—Quién vive aquí? preguntó el Obispo.

—Mi madre, respondió la niña, que está agonizando; mi padre que fué al pueblo á llamar al señor Cura para que la confiese, y yo, señor!...

Y se echó á llorar á mares.

El Obispo se desmontó; auxilió á la moribunda, y cuando, al cabo de una média hora, llegaron el Cura con el esposo de la enferma, ésta se hallaba ya en la mansion de los Angeles.

La montañesa no habia vendido velas, y hallaba para consolar su agonía un Reverendo Obispo que llegaba extraviado en el bosque, á alumbrarle el camino de la eternidad.

Juicios todos de Dios, inescrutables y tremendos... y misericordiosos.

LA EMANCIPACION DE LA MUJER.

En Inglaterra se piensa muy formalmente en dar derechos políticos á las mujeres; en Salford ha habido ya un *meeting* muy serio, en que bajo la presidencia del Alcalde, dignamente acompañado de su esposa, se ha proclamado el principio de que la mujer debe ser hombre; en los Estados Unidos ha visto la luz un periódico redactado por mujeres con este lema varonil: "A los hombres sus derechos y nada más, á las mujeres sus derechos y nada menos." Se expiden como la cosa más natural del mundo títulos académicos de bachilleres y doctores á favor de las mujeres: en Londres se ha querido establecer una Universidad exclusivamente

Boletín Mayo 7 de 1874 46 años 1 x Sola 3-11379 p. 724-728 11.2.17. 3f. 9. = 725

6-3932

para ellas; en Zurich acuden á estudiar medicina las más tiernas jóvenes.

En las costumbres se nota el mismo movimiento: las inclusas ofrecen un número creciente de niños, que atestiguan la existencia de un número igual de mujeres que no quieren ser madres; en Nueva York ha sido moda la embriaguez pública entre las mujeres más elegantes; manejar un caballo y dirigir un coche entra ya en los elementos de educación de cualquiera señorita medianamente instruida; muchas, cansadas del humo afeminado de la lisonja, prefieren el humo varonil del tabaco, y fuman con toda la gracia que les ha concedido la naturaleza.

Es posible, y aun probable y aun seguro, que haya en España muchos infelices que apartados de las corrientes más vivas de la civilización moderna, ignoren á estas fechas lo que pasa en los Estados Unidos, en Salford, en Londres y aun en el mismo Zurich, y por consiguiente crean á puño cerrado que las mujeres no pueden dejar de ser mujeres, fundando tan supersticiosa preocupacion en el frágil testimonio de sus propias mujeres, de sus propias hijas y de sus propias madres.

¿Pero qué se puede hacer la familia en este caso? Las hijas, las mujeres, y las madres son evidentemente testigos interesados, y por lo tanto recusables.

No obstante, para que la mujer caiga en la cuenta de que puede cambiar la condicion de su naturaleza, es preciso librarla del yugo de la familia, es preciso que no tenga padre, que no tenga marido, que no tenga hijos; porque los hijos, los maridos y los padres, le harán creer siempre y en toda ocasion que es hija, que es esposa ó que es madre; esto es, le harán creer siempre que es mujer.

Y es preciso más, porque las preocupaciones se agarran con profundas raíces y todo lo aprovechan para que no haya manera de arrancarlas; es preciso sacarlas del artificio, de la trampa en que su propia naturaleza las tiene cogidas; es preciso ante todo que el pudor, saltando de lo profundo del alma á la superficie del rostro, no les diga ni una vez siquiera que son mujeres.

Orilladas estas primeras dificultades, es evidente que la mujer puede llegar á ser hombre, y esta equiparacion jurídica sacará al mismo tiempo á los hombres de la obligacion legal en que se encuentran de tener que casarse siempre con mujeres, pudiendo elegir para madre de sus hijos,

segun sus aficiones y sus gustos, licenciados en medicina, doctores en jurisprudencia, delicados reclutas, amables pilotos; dulces sargentos de caballería, y será frecuente el caso de que nos disputemos la blanca mano de algun bello Presidente del Consejo de Ministros.

La cuestion que por de pronto se origina, ofrece, sin embargo, una noble desigualdad, porque si las mujeres tienden á transformarse en hombres, el día que lo consigan, los hombres se habrán quedado sin mujeres; y como no se trata de que el hombre varíe de condicion, resultará que las mujeres tendrán hombres y los hombres no tendrán mujeres.

Nótese bien el desnivel que resulta de la realizacion de este progreso en la condicion de la mujer, y se advertirá que eso no puede ser más que la mitad de la tendencia que se observa en las sociedades modernas, y que el pensamiento se completa convirtiéndose á la vez los hombres en mujeres.

Pero meditemos.

Es ciertamente una necesidad imperiosa del movimiento civilizador, por medio del cual se está rehabilitando y perfeccionando el género humano, poner ya término á la triste condicion de ser madres de familia.

No es justo que el hombre pueda ser todo, desde mozo de cordel hasta Presidente del Consejo de Ministros, y que la mujer no pueda salir de la triste condicion de hija de sus padres, de mujer de su marido ó de madre de sus hijos.

Es verdad que la naturaleza, obedeciendo como una esclava los decretos de la Providencia, ha establecido entre el hombre y la mujer una profunda diferencia, pero esto que podía pasar muy bien en la infancia de la humanidad, cuando los hombres no estaban bastante instruidos para poder sublevarse contra las leyes de la naturaleza, no es posible desde el momento en que la ciencia humana ha conquistado el derecho de corregir la obra de Dios.

El mundo hasta ahora no ha sido más que un ensayo de las leyes eternas que lo rigen, y hemos podido observar el reverso lujoso con que procede la naturaleza, y ya es tiempo de empezar á corregir sus enormes despilfarros.

La mujer, económicamente considerada, es un fausto ruinoso que por espacio de muchos siglos se ha creído el hombre obligado á sostener.

Ella se nos presenta y nos exige, como cosa que le pertenece, una proteccion que hasta ahora nosotros no hemos sabido negarle.

¿Y en nombre de qué derecho pretenden nuestra proteccion?

En nombre de un extraño derecho: en nombre de su debilidad.

Hemos de protegerla porque es débil? ¿Desde cuándo los débiles tienen derechos?

¿Acaso porque el hombre es fuerte se le ha condenado á pasar por la tierra como un mozo de cordel, encorvado bajo el peso de ese enorme fardo que se llama familia?

Ellas nos piden nuestra proteccion, nuestro respeto; y en cambio, ¿qué nos dan?

Nos dan: hijos. ¿Será justo que á título de esposas, que á título de madres, nos impongan la costosa obligacion de ampararlas y mantenerlas?

La mujer es un lujo, la familia una carga; ambas cosas demasiado antiguas para que pueda pasar por ellas eso que se llama economia moderna.

La mujer, como esposa y como madre, es cara, y el recurso es bien sencillo: no hay más que transformarla en hombre.

No es una inteligencia? Pues que estudie. No es una fuerza? Pues que trabaje.

En una palabra, que se gane la vida en un taller, en una oficina: que sea médico, ingeniero, abogado, procurador, lo que quiera que sea, con tal que gane dinero.

Saquemos á la mujer de la esclavitud que le impone su sexo, saquémosla de la triste condicion de ser madre de familia.

La mujer es mujer. Perfectamente. Pero esa dificultad se resuelve haciéndola hombre.

Bastante tiempo las hemos mantenido á título de madres de nuestros hijos; bastante tiempo las hemos considerado bajo el frívolo pretexto de que eran las dulces compañeras de nuestra vida.

Y en qué engaño hemos vivido!... Parecen tan delicadas... tan tímidas... tan débiles: poseen el secreto de una fuerza inmensa: el amor las hace héroes, el cariño mártires, la virtud fuertes, la fe invencibles: venen con una mirada, triunfan con una sonrisa, esclavizan con una lágrima.

Esos seres que parecen tan frívolos, po-

seen el secreto de una ciencia profunda; la ternura las hace adivinar todo aquello que pueda ser agradable al que es objeto de su cariño.

Ellas solas entienden y hablan esa lengua sin gramática y sin diccionario que hablan los niños cuando todavía no hablan.

Ellas disponen de una química infusa con la cual confeccionan esa miel con que tantas veces dulcifican las amarguras de nuestra vida.

¿Dónde han aprendido esa filosofía práctica con que mantienen en el seno de la familia el orden, fuera del cual no existe nada?

¿En qué escuela han adquirido esa extraña mecánica con que se deben dirigir y manejar todos los pormenores de esa máquina que se llama familia?

Si los niños pudieran hablar; es decir, si nosotros supiéramos entenderlos, ellos nos dirían que en ninguna parte duermen mejor que en el regazo de una madre.

En qué, pues, nos detenemos? Saquemos esa poderosa aptitud, esa influencia decisiva, que se llama mujer, de esa cárcel oscura que se llama hogar doméstico; librémosla de la argolla que continuamente la sujeta á la esclavitud de la familia; emancipémosla de la ominosa servidumbre del marido; arranquémosla del yugo de los hijos, quitémosle los frívolos cuidados de la casa; rompamos las cadenas del decoro, de la honestidad y del recato; derribemos, en fin, las cuatro paredes de la casa, y plantémosla en medio del arroyo.

No dicen que la mujer es un tesoro? Pues bien: explotémosle.

Saquémosla de esta triste condicion, de la cual se han emancipado en virtud del acto supremo de su voluntad soberana todas las mujeres libres.

El siglo del crédito, de esa maravilla, de ese gran prodigio por medio del que diez son veinte y veinte son ciento, ¿podrá consentir que los números, por una criminal ignorancia, insistan todavía en sostener que tres y dos son cinco?

Cuando todo crece, se aumenta y se desarrolla con fabulosa actividad, ¿le será lícito al número permanecer en tan vergonzoso estancamiento? ¿No nos será permitido elevar la cantidad mujer á la cantidad hombre?

El poder de la asociacion, que empieza á ser más fuerte que el poder de la socie-

dad, ¿no ha de tener virtud ninguna para conseguir que tres y dos sean síes?

Francamente, ¿permanecerá la cantidad sujeta, encadenada al poder invencible, á la tequeñad insupportable del número escrito de las unidades?

Civilización moderna, que todo le puedes; progreso rápido, que te pierdes de vista, ¿consentirás que diez sean diez eternamente, y que tres con dos sean cinco eternamente?

Es necesario, indispensable, urgente, que la mujer se convierta en hombre.

Tal es la cuestión.

Hay entendimientos cobardes que no se atreven á penetrar en el fondo de las cuestiones; que, por ejemplo, no atreviéndose á enviar á sus hijas á las Universidades ni á sus mujeres á la Academia, solicitan no sabemos de quién, piden no sabemos cómo, la instrucción de la mujer, invocando nada ménos que el sagrado derecho que esas hermosas criaturas tienen á saberlo todo.

Mas; entendimientos tan pusilánimes se detienen aterrados ante la vulgaridad de las más risibles reflexiones.

Ellos dirán: ¿Donde está el hombre bastante enamorado de la sabiduría y de la ciencia, que se decida á casarse con un estudiante?

¿Dónde está el hombre tan cruelmente enfermo, que se decida al fin á casarse con un médico?

¿Será posible que haya un criminal tan desalmado que se determine á tomar por esposa á un Escribano?

¿Hay algun cesante tan desprovisto de esperanzas, que no vacile ante la idea de hacer madre de sus hijos al Diputado más influyente ó al Ministro más poderoso?

Pero así sólo discurren los padres, los hijos, los hermanos, los maridos; y preciso es decirlo: la civilización que nos empuja no tiene nada que ver ni con los maridos, ni con los hijos, ni con los padres ni con los hermanos.

¿Sería curioso que la especie humana detuviera su marcha majestuosa ante el ridículo estorbo de la familia!

Si por casualidad la mujer no pudiera aspirar á la posesión de todos los conocimientos humanos por derecho propio, debería imponérsele por obligación.

Hasta ahora no ha sido más que un gasto: es preciso, pues, que empiece á ser una ganancia.

Esc bello conjunto cuyo inventario es:

cabellos de oro ó de sáda, labios de coral, manos de marfil, dientes de perlas, mejillas de nácar, es una riqueza que nosotros tenemos todavía estancada, y ya es preciso que pensemos seriamente en ponerla en circulación.

Desamorticémosla.

José SELGAS.

EL OLVIDO.

HAY un lugar donde mirada alguna Jamás ha penetrado;

Donde la inquieta y desigual fortuna Su puesto cede al inflexible hado.

Allí el silencio mora,

El movimiento duerme,

Y ni noche ni aurora

Pasan alternas completando el día.

La muerte destructora

Vegeta en ocio inerte,

De orin tomada la cuchilla impia, Sin encontrar á quien su filo espante;

Al porvenir el tiempo no responde,

Y la Fama, si pasa por delante,

El rostro vuelve y el clarín esconde.

Allí yace cual águila cansada

En su sangriento nido,

En su mansion, de sombras fabricada, Sobre un lecho de ruinas, el Olvido.

Destrozados anales

Sostienen su cabeza,

Recuerdos que inmortales

Juzgó la humanidad, y que ya han muerto

Cual flores otoñales

Cuando la escaraba empieza:

Las pasiones allí, como á su puerto,

Ya terminada su tremenda lucha,

Se recogen en forma de vestigios,

Y en las tinieblas reclinan se escucha

El gastado engranaje de los siglos.

Agitada el escombros

De su lecho, y vereis cuál se levanta,

El ojo atento y la guadaña al hombro.

No duerme: ¿por ventura

Falta en el mundo un nombre,

Una leyenda oscura

Que raer de la faz de un monumento?

¿Falta una duda impura

Con que infamar á un hombre,

O alguna historia que trocar en cuento?

No duerme nunca, porque así mantiene

Débil y torpo la memoria vana.

No duermo nunca porque siempre tiene

Que hacer dormir á la grandeza humana.

Cuando el rumor del mundo le incomoda,

Se lanza vengativo

Y recorre veloz la tierra toda.

De grandes nombres segador activo,

Sobre las alas luye

Del tiempo que se aleja;

El pasado circuye

De eterna duda con la niebla avara,

E impacible destruye

Lo que la Muerte deja

Y lo que el tiempo mismo respetara.

De una generacion en la memoria

Pone de incertidumbre el sobrescrito,

Y tal vez haga en la futura historia

A César sueño, á Bonaparte mito.

Tal vez en esta forma á los mortales

Les hablará mañana:

"Venid á corregir vuestros anales,

Como os dicto mi ciencia soberana;

Napoléon no ha sido

Un hombre, sino varios;

Uno tuvo oprimido

Al rebelde frances: otro de Jena

Cogió el lauro florido,

Y otro de sus contrarios

Víctima fué, muriendo en Santa Elena.

Eso cuadro de triunfos y proezas

No completó jamas hombre ninguno;

Mas la Fama, sedienta de grandezas,

Hizo de tantos Bonapartes uno."

Así dirá tal vez. ¿No ha suscitado

Un tropel carnicero

De buitres, que con rabia han devorado

El cadáver magnífico de Homero?

¿No ha dicho que es mentira

Del vato la existencia

Que de Aquiles la ira

Celebró, y la catástrofe troyana?

¿Que no existió esa lira

Que cual divina esencia,

Turba y confunde la razon humana?

¿Qué discorde vibrar su voz ha sido

De sueltas cuerdas sobre antiguo tema,

Que cada cuerda derramó un sonido

Y que con éstos se formó un poema?

Olvido! tú, que con eternas leyes

Das á la Fama plazos,

Que la efímera pompa de los reyes

Reduces á la nada entre tus brazos;

Tú, que con mano ruda

Secas el triste llanto

Del que con pena cruda

Ha perdido su bien y su esperanza

Y haces que la viuda

Entregue sin quebranto

El pié liviano á la voluble danza;

Tú que cual nieve en los fragosos Andes,

Te muestras frío, inexorable, adusto,

Grande sobre el orgullo de los grandes,

Y Dios del mundo, como fueras justo;

Tú, que jamas la indómita cabeza

Sobre el pasado inclinas

Pidiendo á la feraz naturaleza

Musgo no más para encubrir ruinas,

Olvido, que tu imperio

Sin amenguarse dure;

Que secunde el misterio

Tu incesante tarea destructora,

Y el estrecho hemisferio

De la vida se apure

Con un recuerdo ménos cada hora.

Tu mision es de amor, que en los eriales

Por do marchamos con fatigas duras,

Es una dicha el olvidar los males

Y una desgracia recordar venturas.

BELLS.

Página para los niños.

EL RAMILLETE DE CAMPANILLAS.

(Traducido para LA CARIDAD.)

¿CONOCIS las campanillas, esas florecitas primorosas, tan suaves y delicadas, que se deshojan al soplo de la brisa y que brillan como zafiros entre la verde esmeralda de los campos?

Pues bien, en la Edad Média, esas pacíficas flores que hoy cultivamos con tanto cuidado, eran el emblema de la guerra; y como entónces los señores del pais eran jefes de un ejército de vasallos que gobernaban á su antojo, la aparicion de una mata de campanillas en el campo de un vecino, era señal de largos y sangrientos combates que destruian y arrasaban poblaciones y campos.

Por esta razon las campanillas estaban proseritas en ese tiempo, y las Autoridades las hacian arrancar por la mano de sus agentes de cualquier jardin ó campo donde empezaran á nacer.

En una aldeita del Poitou, en Francia, cuyo nombre se ha perdido, y en cuyas ruinas se ven aún los restos de un castillo, vivia en el año de 1450 una muchacha de veinte años, alta y morena y de porte noble y majestuoso, á quien por este motivo los paisanos llamaban Regina.

Nadie podía sostener sin ruborizarse la penetrante mirada de los negros y hermosos ojos de la jóven; y hasta la graciosa sonrisa que desplegaba sus labios de rosa y hacia brillar dos hileras de bellisimos dientes, era desdeñosa y esquivada. Sus cabellos rodeaban, como un marco magnífico, los delicados contornos de su hermosa cara, en